

BAJO EL SIGNO DE REAGAN

error: el de atribuir ese pacifismo a manipulaciones de la URSS. Volvemos a lo mismo: esto era lo que se decía en la primera guerra fría, y lo que sirvió de pretexto para la guerra fría. El error actual ha consistido en relacionar el pacifismo con la URSS, el belicismo con los Estados Unidos. Es cierto que este pacifismo tiende a romper la política de Reagan, que pretende que todo Occidente sea un bloque unido en la amenaza militar. Pero psicológicamente es un disparate asimilar la paz a la URSS, la guerra a Estados Unidos.

Todo este movimiento ha producido, o ha comenzado a producir, una especie de nueva división política en el mundo, especialmente en Europa. Una división clásica de izquierda y derecha. No es sólo el tema de guerra o paz lo que ocasiona esta división, sino una nueva aparición de la lucha de clases, dentro de las matizaciones producidas por la desaparición momentánea de la clase característica que era el proletariado; es también la caída de la economía, la aparición del paro, la distanciamiento creciente entre precios y salarios. Es el fenómeno que ha producido dos sensacionales giros políticos en Europa: el triunfo del socialismo en Francia y en Grecia. Unos socialismos indudablemente moderados, lejos de sus doctrinas básicas —el socialismo es, y parece necesario decir esta obviedad, la socialización; pero los socialismos de hoy, triunfantes o militantes, no aspiran a tanto—, pero están más inclinados a igualar las condiciones de vida en favor de los más desafortunados y en recuperar unas libertades. El foco conservador, encabezado por Reagan o por el misterioso y equívoco personaje que es el Papa Wojtyla, por un tipo característico como es el de Margaret Thatcher, tienen el suficiente poder como para evitar que los socialismos lleguen al fondo de sus doctrinas; y como para hacer —desde su infiltración en las administraciones, la Banca, los ejércitos, la Iglesia, que ya no es la de los «sacerdotes obreros»— que estos socialismos electorales puedan estrellarse. O, por lo menos, para intentarlo.

Todo ello ha hecho del año 1981 un año difícil, de enfrentamientos, de dificultades. Es difícil creer que haya sido un año aislado, sino el verdadero preludio a otras dificultades mayores. Entre las cuales no hay que descartar la de la guerra. ■ E. H. T.



«A pesar del aviso entregado por el teniente coronel Antonio Tejero en el Congreso de los Diputados, la situación que hiciera posible la intentona golpista no ha variado.»

DE ANTONIO TEJERO A SOLEDAD BECERRIL

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

RARAMENTE los años cronológicos coinciden con los años políticos; así 1980 terminaba realmente con la defenestración de Adolfo Suárez que había incubado a lo largo de sus últimos seis meses con el disparo de salida de la manipulada moción de censura de los socialistas. Mil novecientos ochenta y uno, de hecho, comienza con la irrupción violenta del teniente coronel Antonio Tejero en el

Congreso de los Diputados, primer acto de una seria tentativa de golpe de Estado, y finaliza con la entrada de Soledad Becerril en un nuevo Gobierno, tan débil y precario como el que presenció sin enterarse la gestación del intento golpista. Fuera de la anécdota de la incorporación de una mujer a un Ministerio, el Gobierno de diciembre de este año que acaba es exactamente el mismo que existía en enero cuando empezaba su recorrido este difícil 1981. Estamos como estábamos hace 12 meses y estábamos como estamos; estas últimas 52 semanas han sido como un viaje de ida y vuelta

sobre la misma situación crítica que precediera la conspiración golpista.

Entonces como ahora, el presidente del Gobierno, ante la dificultad de abordar en profundidad el proceso de recomposición política de la derecha democrática, optaba por la fuga hacia adelante en lugar de dar los pasos atrás que le pedían sus bases sociales. En efecto, no hay nada más parecido al primer Gobierno formado por Calvo Sotelo estos días que el gabinete formado por Adolfo Suárez en el otoño de 1980: sólo cambian los nombres y los apellidos, pero la situación es idénticamente la misma dentro que fuera del equipo gubernamental. Sustitúyase a los «fontaneros» por el «sanedrín», a Fernando Abril Martorell por Pío Cabanillas, a Francisco Fernández Ordóñez por García Díez, a Carmela García Moreno por Soledad Becerril, a Antonio Tejero por quienes ensayan en La Coruña, Vicálvaro o mediante manifiestos políticos como el firmado por un centenar de militares, la «salvación de la patria» y a Alfonso Armada por quienes proponen la reedición de su fórmula «un Gobierno militar apoyado por los partidos políticos» casi al mismo tiempo en que va a ser juzgado por haberla propuesto a destiempo y de malas formas.

El paralelismo es tan sorprendente y grave que hasta el mismo jefe del Estado ha tenido que repetir recientemente en Huesca el llamamiento a la responsabilidad política de los partidos democráticos, que hiciera el 24 de febrero nada más ser liberados los líderes parlamentarios. La crisis de los partidos políticos recuerda con exactitud lo que ya ocurría en el mes de enero: la lucha entre la plataforma moderada y el aparato de Unión de Centro Democrático sigue mucho más desarrollada que antes, el ajuste de cuentas de Santiago Carrillo a quienes proponen su jubilación y la de su grupo de viejos «apparatchikis» era el último punto del orden del día de la reunión del Comité Central del PCE que iniciara la refriega en otoño del pasado año, la ofensiva en Madrid estos días de la corriente Izquierda Socialista demuestra como ya lo demostraba hace 12 meses que las unanimidades a la «rumana» en el PSOE no son más que un ejercicio teatral de un antiguo director de escena. Las expresiones más patentes de esta crisis, que ha pasado de la fase del arma de la crítica a la fase de la crítica por las armas, están a la vista de todos: un ayuntamiento madrileño donde las «purgas» socialistas y comunistas han semidescabecado el equipo de gobierno municipal y un Congreso de los Diputados donde el partido del Gobierno es el único partido de oposición real a dicho Gobierno.

Dos políticas

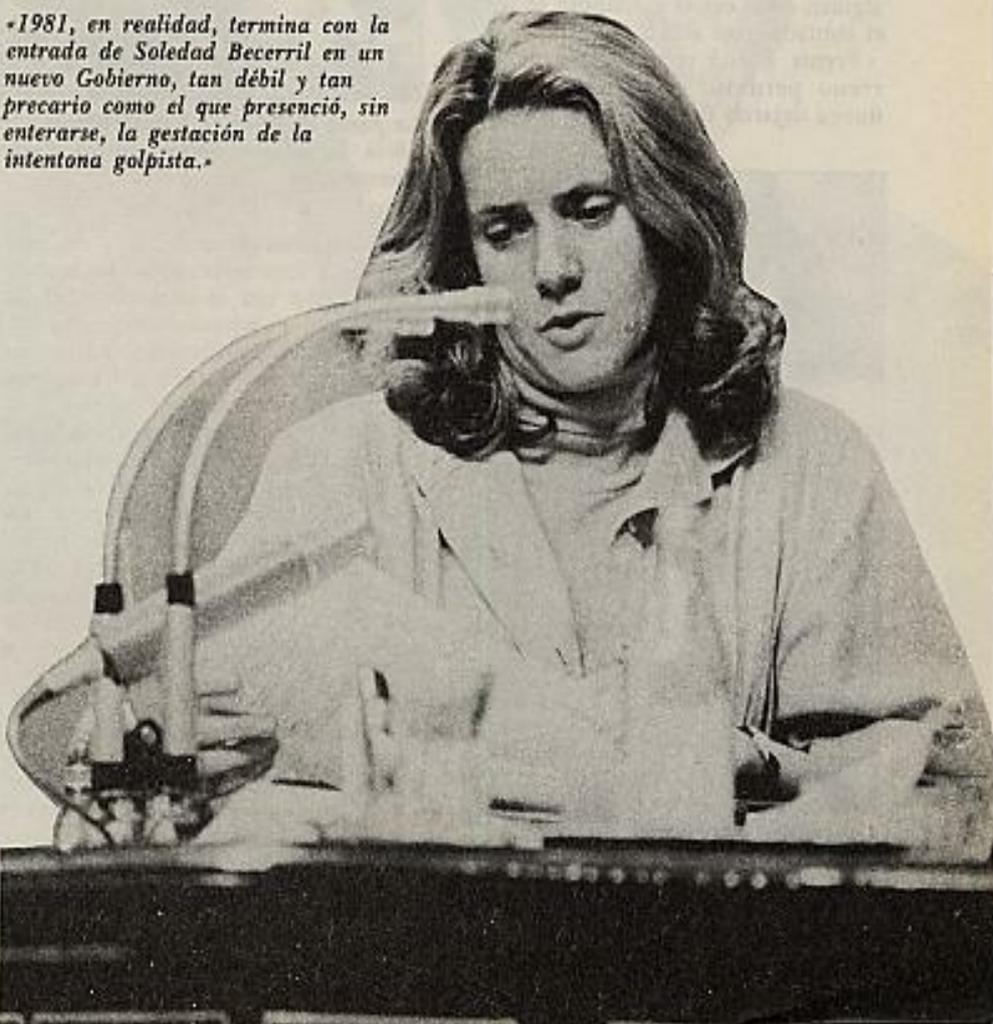
Es decir, 1981 ha sido un año perdido para la consolidación de la democracia; a pesar del aviso entregado por el teniente coronel Antonio Tejero en el Congreso de los Diputados, la situación que hiciera posible aquella intentona golpista no ha variado. Y la razón estriba en que ha sido un período de tiempo en el que aún no ha muerto del todo la vieja política de la derecha que se mueve en un marco constitucional, el centro izquierda, y todavía no acaba de nacer completamente la nueva política de ese mismo bloque social, el centro derecha; los bandazos del Gobierno, su inestabilidad táctica y estratégica, reflejan tanto los intereses personales de una casta política despegada de su base social como el «impasse» político ideológico de este sector social.

Así durante estos 12 meses coexisten políticas contradictorias como la aprobación de la ley de divorcio y la congelación de la ley de autonomía universitaria, el ingreso de España en la OTAN y la firma del Acuerdo Nacional sobre el Empleo, la ruptura de facto del Estatuto de Radio Televisión y la LOAPA. Son seis decisiones que no encajan ni pueden encajar en una misma concepción política; de ahí que quienes estuviesen en favor de unas luchasen contra las otras y vice-

versa y que tanto el Gobierno como Unión de Centro Democrático hayan sido un gallinero que ni siquiera la salida de los socialdemócratas ha ayudado a clarificar. La inteligente, lúcida y honesta actitud de Francisco Fernández Ordóñez de no obstaculizar la recomposición política de Unión de Centro Democrático a la postre no ha servido de nada, por cuanto algunos tecnócratas ávidos de poder, colocándose la etiqueta de socialdemócratas unidos al aparato continúan celebrando la ceremonia de la confusión en UCD y en el Gobierno.

En el fondo de toda esta pugna lo que subyace es una interpretación diferenciada de una misma política económica; el resto de los temas en litigio cumple una función secundaria. El problema está en el tipo de lectura que unos y otros hacen del Acuerdo Nacional sobre el Empleo; sobre todo cuando en el primer semestre de existencia de este pacto social, que cuando se firma tiene como propósito la creación de 350.000 puestos de trabajo, ha aumentado el paro en 100.000 personas. Ello unido a los déficits del presupuesto estatal y a un panorama de quiebras empresariales— más a la dilación de la entrada de España en la Comunidad Económica Europea «sine die», agrava el combate entre lo que no termina de morir y lo que no acaba por emerger.

«1981, en realidad, termina con la entrada de Soledad Becerril en un nuevo Gobierno, tan débil y tan precario como el que presencié, sin enterarse, la gestación de la intentona golpista.»



DE ANTONIO TEJERO A SOLEDAD BECERRIL

La conspiración golpista

Pero lo realmente grave de esta controversia en el seno de la derecha que se mueve en un marco constitucional es que se desarrolla sobre el telón de fondo de una ramificada y preocupante conspiración golpista; y que en este año perdido debido al retraso en el desenlace de esta crisis, la derecha involucionista ha ganado demasiado terreno. No hay más que constatar cómo algunos medios de comunicación compiten con el diario «El Alcázar», o cómo múltiples profesionales e intelectuales más o menos conocidos juegan a dos barajas, para comprender cómo la debilidad del Gobierno y la no resolución de esta recomposición política de Unión de Centro Democrático, están empezando a desplazar hacia posiciones más allá de los límites constitucionales a sectores crecientes de la derecha social. Al igual que ayer estaba de moda en estos medios la conexión con alguien de la oposición, ahora se lleva el contacto con algún golpista.

Frente a esta recuperación del terreno perdido, que unido al que nunca dejaron de tener en importan-



La Junta de Jefes de Estado Mayor aplaude el discurso de Landelino Lavilla que abrió la solemne sesión de las Cortes Generales en el III Aniversario de la Constitución.



Uno de los logros del año ha sido la ley de Divorcio de Fernández Ordóñez.

14 triunfo

tes instituciones estatales, el Gobierno es débil e impotente; todas las tramas civiles están tan intactas como el 22 de febrero y, además, encuentra serias dificultades en la readecuación de los aparatos del Estado a las nuevas formas estatales. A pesar de que 1981 está lleno de posters indicativos de la conspiración golpista, la instrumentalización de sucesos como el asalto al Banco Central de Barcelona o las detenciones del 23 de junio, y de inequívocas actitudes en contra de la Constitución como la manifestación del 22 de noviembre. E incluso, lo que equivale a jugar con fuego, a veces hay la tentación en algunos medios oficiales de intentar rentabilizar electoralmente la presión de los golpistas; en lugar de abordar las consecuencias de la recomposición de UCD, que pueden desplazarlos personalmente, para obtener un éxito electoral, pretenden ingenuamente conseguirlo soltando las riendas de los involucionistas.

Peor aún. A lo largo de este año el Gobierno no ha aplicado la Ley de Defensa de la Democracia contra los enemigos de la Constitución y hace concesiones, como la controvertida LOAPA, a quienes denuncian la más mínima postura autonomista como separatista. Mil novecientos ochenta y uno ha sido todo un ejemplo de cómo no se debe hacer frente a una amenaza de golpe de Estado: no se ha dado una salida política a los problemas que sirvieron de pretexto para los amigos de Antonio Tejero, no se ha elaborado una política coherente y firme, no se ha formado un Gobierno de autoridad, no se toman medidas contra la conspiración golpista y se le hacen concesiones cuando no se juega con ella.

En la cuerda floja

Este doble ring político, moderados contra aparato en UCD y golpistas

contra constitucionalistas, provoca la división de todo el abanico político parlamentario y extraparlamentario y la lucha por el control de los principales medios de comunicación de masas con la consiguiente amenaza para la libertad de expresión. La desconfianza es general en la sociedad española: el Gobierno desconfía de los partidos, empezando por el suyo propio, y los partidos no se fían del Gobierno; los aparatos del Estado recelan de la izquierda y ésta de algunos sectores de estos aparatos; las bases de la izquierda han perdido la confianza en sus propios aparatos políticos y los aparateros en sus mismas bases y hasta los golpistas no confían entre ellos, no sólo por la experiencia de los careos de los implicados en el 23 de febrero, sino también porque los tres posibles golpes que se dieron cita a comienzos de año deben andar ahora por la docena.

Reflejo de esta desconfianza mutua es la inestabilidad de todo el cuadro político: surgen nuevos proyectos de partidos comunistas de signo «euro», operaciones de relanzamiento de corrientes socialistas en el seno del PSOE, la gestación de una nueva mayoría de derechas a través de la plataforma moderada, el intento de convertir los clubs políticos en partidos de nuevo tipo, los ensayos de partido bisagra, etc. Nada hay menos estable que la geografía política española; aunque la partida esencial se desarrolla en el partido «gubernamental» entre los partidarios de hacer una política de derechas, siempre en el marco constitucional, y los partidos de hacer una política de casta tecnocrática o burocrática a espaldas de toda realidad social. Dada la ausencia de un verdadero partido político no es la primera vez que esto le ocurre a la derecha; ahí están los ejemplos de Carlos Arias en la primavera de 1976 y de Adolfo Suárez en el otoño 1980-81, y ahí están los ejemplos de salida de esta situación. La duda sólo se encuentra en si habrá tiempo para ello; porque la entrada de Soledad Becerril, como símbolo de un Gobierno que carece de nada simbólico, nos ha vuelto a colocar en enero del año que acaba y en las mismas coordenadas que precedieron los intentos contra la Constitución, o al margen de la Constitución. ■ F.L.A.

NOTA:

En un trabajo anterior sobre la recomposición política de Unión de Centro Democrático, aparecido en el número correspondiente al mes de diciembre, una errata de imprenta adjudicaba al PSOE un «proceso difuminatorio». El texto correcto era el siguiente: «La inestabilidad táctica y estratégica del PSOE, el proceso difuminatorio del PCE». Así que cada palo aguante su vela y demos al César socialista lo que es del César y al dios comunista lo que es de dios.

LA CRISIS PODRÍA SER CREADORA Y POSITIVA

MARIO GAVIRIA

EL que todavía la crisis estaba por llegar quedó demostrado hace dos años (1). A pesar de que, aunque se habla de crisis de la economía española, todavía España, según la revista

Fomento de la Construcción, es la undécima potencia económica del mundo, igual que hace siete años, antes de que se comenzase a hablar de crisis, lo cierto es que en el año 81, por primera vez en treinta años, no habrá crecido el Producto Interior Bruto en términos reales, aunque las estadísticas oficiales intenten hacernos creer lo contrario. Hasta ahora, y a pesar de lo que se dio en llamar crisis, que no recesión, el Producto Interior Bruto ha seguido creciendo (desde la guerra del petróleo hasta ahora el Producto Interior Bruto ha crecido un quince por ciento y la productividad un veinticinco por ciento o más).

Esto, pues, no era una crisis: la crisis está llegando y quienes están viendo la crisis son los más débiles: los viejos, los obreros que no pertenecen a la élite del proletariado, los chabolistas, los pequeños agricultores, los jornaleros agrarios.

El 81 será el año en que ya de manera generalizada (el año anterior lo había sido para unos ciertos sectores únicamente) el poder adquisitivo real de los salarios haya bajado. La clase obrera vive cada vez peor, estableciéndose dos tipos de obreros: los que trabajan, a los que les aprietan los ritmos y bajan los salarios, y los que no trabajan y son enviados al paro.

El engaño del capitalismo industrial y urbano fue hacer creer a la gente que la crisis era grave cuando todavía no había llegado y, ahora que la gente ya se había acostumbrado a vivir con la idea, que no con la realidad, de la crisis, le toman el pelo, haciéndole creer que la crisis no tiene solución. Y eso es mentira.

Toda la política económica del capi-

«Hablar del paro en general es un invento del capitalismo que oculta que en el paro también hay clases sociales.»

